

## MEDITACIÓN IX

*Presencia simultánea del Cuerpo del Señor en muchas Hostias consagradas.*

Figúrate al Divino Salvador que sienta sus reales en diversos lugares á la vez con el fin de atender á las necesidades y trabajos de todos sus hijos.

*Punto I.*—Considera que el amante Jesús, sin faltar en ningún caso del cielo, se halla realmente presente en la Hostia consagrada; y aquí debes observar otro de los grandes milagros que se obran en el Sacramento Santísimo. Habrás visto que un niño acabado de nacer es pequeñísimo, que no excederá de un palmo, y que en llegando á adulto mide siete palmos poco más ó menos. Pues bien, te pregunto: ¿El alma que estaba en el primer palmo dejó á éste por llegarse á los demás? Responderás que no, porque el alma es indivisible; y yo añadiré, que de la propia manera Jesucristo no deja el cielo por llegarse á la santa Hostia. ¡Qué prodigios tan grandes! y qué razonable es el Misterio del Altar, pues nos persuadimos de su modo de ser por la analogía que guarda con otros arcanos de la naturaleza! Bendito sea el Padre de las misericordias, que nos ha deparado un medio tan excelente para comunicarnos con su divino Hijo: Aprende á acompañarte con Jesús Sacramentado y á servirle con obras de caridad, sin dejar tus ocupaciones domésticas y sociales, y de esta manera imitarás en algún modo el amor que Él te profesa.

Fíjate en otro prodigio tan grande ó quizá mayor que el referido. N. Señor, en atención á que sus amados hijos están diseminados por todo el mundo, y deseando entregarse igualmente á todos, ha dispuesto hallarse presente á un propio tiempo, no sólo en el cielo y en una sola Hostia, sino en todas las que en el mundo quedan consagradas. Mas atiende que este singularísimo prodigio encuentra también un sí-

mil en la naturaleza. El hombre que ve reproducida su imagen en un espejo, si éste llega á romperse, contemplará á la propia imagen, con la misma dimensión y color, etc. que antes, en tantas cuantas partes sean las divididas: así N. Señor Jesucristo, no sólo se encuentra en una Hostia consagrada, sino en todos sus fragmentos eucarísticos.

Aprende del Salvador á ser todo para todos, para que en todos reine el espíritu de Jesucristo, que con tanto amor se nos da por entero en la Eucaristía.

*Punto II.*—Los accidentes de pan y vino permanecen en la adorable Eucaristía sin sujeto. El color, el olor, el sabor, la cantidad y la figura de las cosas, que se llaman accidentes, han de estar necesariamente unidos á su substancia; pero como en el Sacramento del Altar desaparecieron las substancias de pan y vino para convertirse en el Cuerpo y en la Sangre del Redentor, resulta que sus accidentes están sin sujeto. Cada vez que se consagra obra el Señor un nuevo milagro, sosteniendo como en el aire los accidentes mencionados. Has de ponderar también que los accidentes no están adheridos al Cuerpo y á la Sangre del Señor, por manera que en este Sacramento bellissimo, no sólo creemos lo que no vemos, antes bien creemos precisamente contra lo que vemos, porque nuestros ojos y nuestras manos perciben pan y vino, mas no hay tales pan y vino, sino el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo velados con los accidentes.

El último de los capitales prodigios que se verifican en la Eucaristía consiste en la Comunión del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Los fariseos, al oír que el Salvador daría á comer su mismo Cuerpo y á beber su propia Sangre, se escandalizaron farisaicamente, creyendo que se trataba de un modo de comida y bebida material; pero el cristiano que ha oído en su corazón las palabras divinas, sabe que el milagro sorprendente de la Comunión eucarística está en que debe comer y beber real y verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Jesús por modo altamente espiritual. ¡Oh, qué prodigios está realizando continuamente el Eterno por el hombre! supera el modo á toda capacidad an-

gética. Aprende, por lo tanto, á hacer el debido caso de las palabras del Señor y á creer los misterios divinos, para lo cual tomarás por medio poderoso al Santísimo Sacramento, que por ser Misterio de la Fe la otorga firme y robusta.

¡Oh Dueño de mi alma! Haz que repase con fruto vuestros santos dogmas para que los aprecie como conviene. Mas, Vos, ¡oh Maestra de los cristianos! enseñádmelos de tal manera que sus lecciones aprendidas agraden á vuestro Hijo divino. Amén.

## MEDITACIÓN X

*Sobre la materia eucarística de pan y vino.*

Imagínate á Jesucristo, N. S., que, tomando en sus manos su amante Corazón, te dice desde el Altar: Toma, amigo, y come, amadísimo.

*Punto I.*—Considera que el Divino Salvador quedóse en nuestra compañía bajo las apariencias de pan y vino, por muchas razones, dignas todas del más detenido examen. La primera razón fué para establecer un convite perfecto para uso del hombre, de suerte que éste pudiera regalarse en la vida espiritual, y cuyo regalo ó banquete fuese el más opíparo y delicioso entre los espirituales y más ventajoso infinitamente que los materiales. La segunda razón fué para significarnos su preciosa muerte en la cual separóse toda su rica Sangre de su hermoso Cuerpo: así quiere que se consagre la especie de pan distintamente de la de vino. La tercera razón fué para persuadirnos de la absoluta necesidad que de su Majestad tenemos, porque, así como el pan y el vino son artículos de primera necesidad para el hombre, así quiso por medio del pan y del vino que su Cuerpo y Sangre fuesen necesarios para nuestra vida espiritual. La cuarta razón fué para declararnos que Jesús es médico y medicina de los hombres; y como la medicina se toma generalmente por modo de comida y bebida, de ahí que se queda-

se en el Sacramento bajo las apariencias de pan y vino. La quinta razón fué para manifestarnos el amor que nos profesa, pues el amor tiende á la unión con el ser amado, y el pan y el vino se unen al cuerpo del que come y bebe: así la Carne y la Sangre de Jesucristo se unen á nuestro espíritu y nuestro espíritu se adhiere fuertemente al Salvador. ¡Qué bellezas tan sublimes! ¡Qué rarezas del amor divino! Nuestro amoroso Salvador, para ser comido de los hombres, quiso cambiar de vestido, y á la manera que David cuando huyendo del rey Saúl y refugiado en el palacio de Achis fingióse demente para no ser conocido de los cortesanos, así el Dios-Hombre, al querer morar entre nosotros, se fingió en cierto modo demente, usando de otro vestido; esto es, de las apariencias de pan y vino. Gózome, dulce Jesús, de tus sabias invenciones, pues son para mi provecho y remedio.

*Punto II.*—Pero el adorable Jesús determinó quedarse en comida y bebida para que recordásemos el Misterio de su Encarnación, principio de nuestra salud; porque así como bajó al seno de la Inmaculada Señora, de la propia manera quiere bajar al corazón de los cristianos para hacerlos felices. Piensa también que hay un gran misterio en haberse nos dado Jesús en el Sacramento con apariencias de pan y vino. En primer lugar; si Cristo, N. S., en el momento de comulgar, apareciera á nosotros tan glorioso como está en el cielo, ¿quién sería el osado á recibirle? Por eso oculta su gloria y su omnipotencia tras los cendales de pan y vino, á fin de que nos lleguemos con amor. En segundo lugar, observa que el Redentor no se nos dió sacramentado bajo cualquier forma de comida y bebida, sino bajo las apariencias de pan y vino; porque si se nos hubiera entregado bajo la forma de carne y de sangre, ¿quién no se horrorizaría de recibirlo? En tercer lugar, reflexiona que el pan y el vino son artículos familiares al hombre; todos los toman; en todas partes se hallan; y como Cristo, N. S., intentó hacerse familiar á los hombres y quedarse en todo lugar para que de todos fuese recibido, he ahí por qué instituyó la santa Eucaristía bajo dichos accidentes. En cuarto y último lugar de-

bes ponderar que Jesucristo instituyó este Sacramento bajo las referidas apariencias para darnos ejemplo y estímulo de humildad, pues Él, á fin de conversar con nosotros, vistióse de nuestra flaca naturaleza, y ahora, para morar en nuestra compañía, se viste del humildísimo traje de pan y vino. ¡Oh! qué ingeniosos son los ardidés del Hombre-Dios para atraer á sus hijos. Demos gracias á N. S. por tantas mercedes como nos ha dispensado en la institución de la S. Eucaristía, y en lo sucesivo procuremos portarnos con humildad á imitación de nuestro celestial Padre, ya que la humildad es el fundamento de toda perfección cristiana.

¡Oh Jesús de mi alma! Os pido con encarecimiento la virtud que hace á los hombres grandes en vuestra presencia. ¡Dulcísima Virgen! Vos que, por ser humilde, fuisteis elevada á ser Madre de Dios, alcanzadme la gracia de considerar mi pequeñez y mi bajeza para conseguir el premio dispensado á los humildes.

## MEDITACIÓN XI

### *Efectos de la Sagrada Eucaristía como Sacramento.*

Contempla á Jesús que se une á tu alma y la estrecha con apretado abrazo, la da ósculo de paz y la confiere el título de esposa.

*Punto I.*—Pondera que el adorable Sacramento del Altar es mina inagotable de riquezas celestiales y fuente purísima de gracias divinas; por esta razón sus efectos son muchísimos y variados. El primero y principal es causar la unión con Cristo, Señor N. «El que come mi carne y bebe mi sangre, ha dicho el Salvador, está en mí y Yo en él.» ¡Qué maravilla tan singular, unirnos á Jesucristo, nuestro Padre y nuestro Dios! Esta unión es tan perfecta, que al modo que el alimento es asimilado á la carne y á la sangre del que lo toma, de suerte que ya no es tal alimento sino carne y sangre del individuo, de este mismo modo, cuando recibimos corporal-

mente á Cristo Sacramentado lo adherimos á nuestra carne, á nuestra sangre y á nuestro espíritu, de tal modo que no son dos individuos los que gozan interiormente, sino uno solo: es el hombre endiosado: es Jesucristo que ha juntado el hombre á su Corazón divino. Cuando esto ha ocurrido puédese muy bien exclamar con el Apóstol: Vivo yo, mas no yo, sino Cristo vive en mí.

Por la Comunión nos transformamos en Jesucristo, según le fué revelado al Agustino. «Sabe, le dijo el Señor, que cuando me comulgas no me mudo Yo en tí, sino que tú te transformas en mí.» ¡Oh qué palabras tan dulces, capaces de encender al cristiano en amor inmenso para con su Dios! San Cirilo dijo que la Comunión nos hace consanguíneos de Cristo; S. Gregorio Niseno afirmó que la percepción de este Sacramento Santísimo nos deifica, y el Concilio Florentino definió que uno de los efectos principales de la S. Eucaristía consiste en incorporar al hombre con Dios. ¡Qué dicha la de aquellas almas que se unen á su Criador! No es para descripta, sino para meditada en silencio, á fin de poder luego recibir con fervor sumo al Salvador y repetir con la Esposa: «Hijas de Jerusalén, no despertéis á la amada hasta que ella quiera.»

*Punto II.*—El segundo efecto que la Eucaristía produce en el alma, consiste en sustentarla. «Mi carne, ha dicho el Salvador, es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida.» Así como el cuerpo necesita para vivir de alimentos relativos á su esencia material, así el alma exige viandas sólidas que correspondan á su espiritual substancia. Por esta razón enseña el Florentino, que la S. Eucaristía es manjar del alma. ¡Qué bondad la de un Dios, que para nada necesita del hombre, querer transformarse en comida suya, querer que la vida íntima de ambos sea común! ¿Y qué mejor alimento podíamos encontrar que la Carne y la Sangre divinas? Digan lo que quieran los que no entienden de amor de Jesucristo; digan que se enloqueció el Salvador al darnos á comer su Cuerpo y á beber su Sangre; lo cierto es que por este sublime enloquecimiento nos sustentamos de Dios y se

nos asegura la recompensa eterna. Y ¿no querrás tú hacerte acreedora á este envidiable sustento? ¡Ah! No pocos envidian la suerte de los que comen á la mesa del rey, pero ciertamente tú estás convidado todos los días á la Mesa del Rey de la gloria. ¿Rehusarás la invitación de Jesús? Sentarse á la mesa del Rey del cielo y tomar en manjar su propia Carne y en bebida su misma sangre es lo más sublime y de efectos los más saludables para el hombre. Por eso mismo, debes estimularte á desear ese Pan divino eucarístico, y recibirle para unírte á Jesucristo con esa apretada unión que deifica á la naturaleza humana y la conserva en el bien para hacerla más tarde feliz en la gloria.

¡Sacramento Santísimo! vínculo de amor! Úneme contigo para que sea otro Jesucristo en las costumbres. ¡Madre del amor divino! Rogad por mí, á fin de que obtenga la pura caridad que abrasó vuestro Corazón y que os hizo grande ante Dios y ante los hombres.

## MEDITACIÓN XII

### *Efectos de la S. Eucaristía considerada como Sacramento.*

(Continuación.)

Figúrate á Jesucristo en el Sagrario que te muestra su divino Corazón para que te sustentas de él, y luego te enseña la sagrada llaga de su Costado para que apliques á ella tus labios.

*Punto I.*—Examina que nuestro amante Jesús se hizo comida del alma en el Sacramento del amor, para que ésta llevara vida de gracia temporalmente y vida eterna al terminar el presente destierro. Vida de gracia consiste en estar libres de culpa grave, en ser amigos de Dios; y la Sagrada Eucaristía, al modo que el alimento sano fortalece, conserva y en cierto modo presta vida al cuerpo, fortalece también el alma contra sus enemigos y la conserva en el bien obrar y le presta vida, preservándola del mortal pecado.

«El que come mi carne y bebe mi sangre, ha dicho el Salvador, tiene en sí la vida eterna.» Pondera, asimismo, que nos es indispensable sustentarnos del Cuerpo de Jesucristo para conservarnos en la vida de la gracia; de lo contrario nos exponemos necesariamente á bajar al sepulcro de la culpa grave. «Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre no tendréis vida en vosotros. Vuestros padres comieron el maná y murieron; pero Éste es el pan que baja del cielo para que no muera quien de él se sustente.» ¡Oh divino empeño! ¿cómo la mayor parte de los cristianos no se obligan á él, sabiendo que en él está cifrada la vida del espíritu? Mas tú, alma, que esto meditas ¿no anhelas poseer esa vida divina? Mira á Jesús que pretende ser tu amigo y tu esposo; ¿le cerrarás tu corazón? Quiere llevarte al cielo para que disfrutes de eternos gozos; mas antes desea que te hagas acreedora á tal merced, recibéndole dignamente; ¿desairarás á Jesús?... Piénsalo bien.

*Punto II.*—El Manjar eucarístico es semilla de la vida eterna y causará la resurrección de aquéllos que murieron en la paz del Señor. «Yo soy el pan de la vida, dice el Señor; quien me comiere vivirá eternamente, y Yo lo resucitaré en el último día.» Pondera, pues, con atención el beneficio tan grande que Dios concederá á los que comulgaren con las disposiciones debidas. Todos resucitaremos, afirma el Apóstol, mas no todos seremos transformados en seres gloriosos: éstos serán ciertamente los que no quisieron participar del Cuerpo de Jesucristo Sacramentado ó los que le recibieron con malas entrañas. Los que participaron con recta disposición de la Carne y de la Sangre del Salvador, por una virtud especial que el Sacramento Santísimo depositó en sus almas, resucitarán á la inmortalidad bienaventurada, serán transformados en seres eternamente gloriosos. La Divina Eucaristía es, en sentir de S. Marcial, el único medio de la resurrección de la carne. Los santos, efecto de esta verdad inconcusa, han denominado á la Sagrada Eucaristía: Prenda de la gloria futura. Y ¿cómo no, si por su medio esperamos un día escalar los cielos y sentarnos entre los ángeles? ¡Ah!

Jesucristo Sacramentado nos llevará como de la mano al trono de Dios para recibir la palma de la eterna victoria. Bendito sea mil veces el Padre de las misericordias que nos ha deparado tan excelentísimo medio para salvarnos. Saca de esta meditación deseos de aspirar al Paraíso, mediante la recepción frecuente de la Divina Eucaristía.

¡Hostia sagrada! imán del corazón! otórgame esa tu preciosa Vida para que la mía se identifique con la tuya y pueda disfrutar por este medio licencia segura para entrar en el cielo. ¡Vida y dulzura de los cristianos, Madre de Dios! hacédme copartícipe de vuestras gracias y podré con ellas amar á vuestro bendito Hijo Sacramentado. Amén.

### MEDITACION XIII

#### *Efectos de la Santísima Eucaristía considerada como Sacramento.*

(Continuación.)

Representate al Salvador que, al entrar en tu pecho, te dice amoroso, como á la mujer pecadora:—Perdonados te son tus pecados; no vuelvas á pecar más.

*Punto I.*—Medita que este meliflúo Sacramento, no sólo causa esa unión tan estrecha, que en las meditaciones pasadas hemos considerado, sino que, subiendo de grado en grado su encendidísima caridad, perdona al que comulga, los pecados veniales y le preserva de los mortales. Extirpa nuestras faltas leves, mejor aún que los demás Sacramentos, porque á la manera de celoso médico, cicatriza con su propia mano las llagas del alma y la otorga al propio tiempo cierto número de gracias que aumentan ó disminuyen según el grado de disposición con que se le recibe. ¡Oh qué bienes tan inmensos no se obtienen de Jesucristo Sacramentado y cuántos males no evita su recepción! Te doy gracias, Señor, por estas mercedes y te pido me hagas acreedor á las mismas.

Mas este bello Sacramento puede, en sentir de muchos santos doctores, perdonar *per accidens* el pecado grave de

aquel comulgante que le cometi6, pero que en el acto de la Comunión no tuvo conciencia de él, ni le tenía tampoco afecto. Por cierto que éste no se presentó á la Comunión suficientemente contrito; pero que consiguió con el Sacramento la gracia de la contrición que perfecciona la caridad, y la remisión del pecado. ¡Ah! qué campo tan ancho y hermoso se abre á la confianza del cristiano que pondera con atención beneficios tales. Acércate al Sacramento Santísimo; recíbelo con entrañas de caridad; besa la mano de Jesús y haz todo esto con un corazón humillado y contrito, esperando recibir los bienes consiguientes.

*Punto II.*—También es un efecto excelentísimo de la Santa Eucaristía disminuir la fuerza de la concupiscencia por la cual somos arrastrados continuamente al pecado. Lo que es el buen refresco para un estómago lleno de ardores es la sagrada Hostia para un alma empujada hacia el mal. Es un fortísimo dique que contiene la fuerza de los malos apetitos, ayudándonos de esta manera para conseguir la salvación eterna. ¡Cuánto no debiéramos agradecer á Jesús esta fineza! Su infinito amor le ha llevado al extremo de combatir con nosotros, ya que tan combatidos estamos por nuestros enemigos.

Observa, finalmente, que la Sagrada Eucaristía es causa de otros muchos inefables y sorprendentes efectos en el alma y en el cuerpo. Ilustra el entendimiento, vigoriza la memoria, arrastra la voluntad hacia el bien, acrecienta la fe, esfuerza la esperanza, aumenta la caridad, perfecciona las virtudes morales, concede los frutos del Espíritu Santo, establece la paz en el corazón, y otorga un gozo tan grande y extraordinario que alguna vez es imposible resistir. Jesucristo Sacramentado es la farmacia de la inmortalidad; y á la manera que en otro tiempo salía virtud de Él y sanaba á todos los que á Él se llegaban, así también la bella Eucaristía despide ciertos divinos efluvios que sanan las dolencias del alma y las del cuerpo, si conviene. Anímate á ser fino amante del Sacramento eucarístico; propón recibirlo, al menos todos los meses, y verás cuán bueno es Dios para los que le aman.

¡Oh Jesús de mi corazón! Conozco mi impotencia para el bien obrar, mas todo lo puedo con Vos que confortáis mi espíritu. Y Vos, ¡Serenísima Reina del cielo! preparad mi corazón y disponedle para comulgar con una pureza semejante á la vuestra. Amén.

## MEDITACIÓN XIV

### *Disposiciones para comulgar dignamente.*

Imagina que el Salvador con rostro amoroso y la mano extendida te dirige desde el Sagrario estas cariñosas palabras: «Dame, hijo mío, tu corazón y Yo te daré el mío.»

*Punto I.*—Considera que, teniendo el cristiano necesidad de recibir la Santa Eucaristía, le precisa también disponerse convenientemente para percibir sus excelentes frutos. Pien- sa que la santidad de Jesucristo, N. S., exige gran limpieza de conciencia en el comulgante. Un Dios todo pureza, ¿gen- trará en un alma hedionda? Un Dios todo amor, ¿habitará en un corazón donde se agita el odio, la disensión y la gue- rra? Un Dios todo dadivoso, ¿dispensará sus favores á quien los rechace? He ahí por qué es indispensable en el cristiano que ha de comulgar el estado de gracia santifican- te; de lo contrario, tragaría, en frase del Apóstol, su pro- pia condenación. Pero, ¿te atreverías quizá con unos vesti- dos limpios y adornados arrojarte en inmundo lodazal ó en fétida cloaca? Pues, atiende que el que recibe al Sacramen- to en mal estado arroja al Señor en los mismos lugares.

Debemos estar exentos, no sólo de la culpa mortal, mas hemos de procurar evitar las faltas leves, que resfrían la caridad é impiden sobremanera el fruto del Sacramento. Para el efecto, bueno es armar el alma y el cuerpo de mor- tificaciones, venciendo las pasiones, aun las más ligeras, y ejercitarse en la oración. La caridad que mostró Zaqueo al entrar Jesús en su casa; la fe que tuvo el Centurión; la pie- dad de S. Pedro, al ser lavado por el Señor; y el fervor de

la Magdalena cuando lavó los pies del divino Maestro, son prácticas en que deberemos ejercitarnos antes de comulgar. Jesús viene á nosotros con las manos llenas de gracias, ¿las rehusaremos? viene á buscarnos, ¿le volveremos la espal- da? ¡Oh mi Jesús! gracias te doy por estos señalados fa- vores que me dispensas en la Comunión; quiero en adelan- te serte agradecido y llegarme á tu Mesa como el ciervo busca la fuente de frescas aguas para beber de tus dulzuras hasta saciarme.

*Punto II.*—La recepción de la Divina Eucaristía exige una total limpieza del individuo. No basta ser puros en el alma, aunque es lo principal, antes bien es menester procu- rar la pureza del cuerpo. He ahí por qué la S. Iglesia, re- gida por el Espíritu Divino, prescribe á los comulgantes el ayuno natural, que consiste en abstenerse de toda comida y bebida y medicina desde las doce de la noche anterior á la Co- munion hasta después de haber comulgado. Por cuanto que Je- sucristo, N. S., es ante todas las cosas, debemos preferirle á todos los hombres y á todos los seres y objetos del mundo; y al recibirlo sacramentado antes de haber ingerido nada en el estómago, denotamos que preferimos su Persona sa- grada á todo lo demás. Pondera, asimismo, que el decoro de este hermoso Sacramento exige gran honestidad y lim- pieza en el cuerpo y en el vestido del comulgante. ¿Por ventura se atrevería una persona sensata sentarse á la mesa del rey llevando el cuerpo y los vestidos sucios y desarre- glados? ¡Oh mi Jesús! que siendo tan puro exigís pureza inmaculada, que siendo tan bello pedís honestidad perfec- ta: os doy las más rendidas gracias por el estímulo que me dáis para que yo me porte con dignidad ante Vos y ante los hombres, y ayudadme para que no deje de practicar lo que mandáis, para que obtenga la recompensa que prometéis. Acércate á comulgar con aquella preparación que guarda- rías si tuvieras que comparecer ante la Personalidad visible de Jesucristo triunfante. Procura llevar el traje nupcial, no sea cosa que el Señor, en vista de tu descomedimiento, te arroje del Banquete sagrado para sufrir las torturas del co-